

¿QUÉ BUSCÁIS?... VENID Y LO VERÉIS

Jn 1,35-42

2º Domingo del Tiempo Ordinario (Ciclo B)

Querido amigo: el relato del Evangelio de hoy nos narra una descripción con una frescura y una finura extraordinarias. Y nos lleva rápidamente al encuentro, al encuentro con Jesús. Vamos a leer el texto de Juan 1,35-42 y entremos en la escena con todo amor. Allí veremos cosas, actitudes, valores, pensamientos, formas de vida tan distintas que el Señor nos va a comprometer y nos va a emocionar con sus actitudes. Escuchemos:

En aquel tiempo estaba Juan con dos de sus discípulos y fijándose en Jesús, que pasaba, dice: “Éste es el Cordero de Dios”. Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y al ver que lo seguían les pregunta: “¿Qué buscáis?”. Ellos le contestaron: “Rabí —que significa “Maestro”—, ¿dónde vives?”. Él les dijo: “Venid y lo veréis”. Entonces fueron y vieron dónde vivía y se quedaron con Él aquel día. Serían como las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús. Encuentra primero a su hermano Simón y le dice: “Hemos encontrado al Mesías, que significa Cristo”. Y lo llevó a Jesús y Jesús se le quedó mirando y le dijo: “Tú eres Simón, el hijo de Juan, tú te llamarás Cefas, que se traduce Pedro”.

Hasta aquí el texto de Juan. Pero, querido amigo, vamos tú y yo a entrar en esta escena tan profunda... Vemos cómo Juan está bautizando, sigue allí, con sus discípulos, ya tiene varios discípulos y de pronto ve a Jesús. ¡Y qué reacción la de Juan! Lo observamos... Sus mejores discípulos se los da a Jesús para que forme el núcleo de su apostolado. Éste es Juan: que Él crezca y que yo mengüe. Pero sigamos más adelante. Se fija en Jesús, este hombre con esta lucidez, y dice: “Éste es el Cordero de Dios”. Ésta es nuestra reacción. A cualquier persona que se acerca a nuestro lado: “Ven, que te voy a llevar a Jesús”, “ven que te voy a decir lo que yo experimento, lo que yo siento”. “Éste es el Cordero de Dios”, él era amigo de Dios, y comprendió muy bien esa actitud.

Y los dos discípulos, que oyeron sus palabras, siguieron a Jesús. Otro punto para pensar y otra situación que me compromete, que me implica a mí también, cuando oigo, cuando siento, cuando comprendo las palabras de Jesús: ¿yo le sigo?, ¿yo me pongo en camino? Y aquí entra la figura central de nuestro encuentro, Jesús... Ve que le siguen, se vuelve y les dice: “¿Pero qué buscáis?”... Jesús no quiere escudriñar nada, no necesita, si Él sabe todo, pero les ama y quiere quitarles ese temor que tienen, los encuentra con miedo, con temor, con preocupación. Y Él con toda amistad y sin titubear nada, para que vean que Él sabe todo, les dice: “¿Qué buscáis?”... Oigo yo esa palabra en mi corazón, querido amigo: ¿qué buscas?, ¿qué quieres?, ¿por dónde va el sentido de tu vida?, ¿qué futuro quieres en tu vida?...

Tendremos que, después de darle vueltas y vueltas en nuestra cabeza, decir y escuchar: “Venid y lo veréis... Ven y verás... Ven y verás y si tienes ánimo de seguirme, vivirás y serás feliz conmigo, y cambiará tu vida, y caminaremos juntos, tus alegrías serán mis alegrías, tus tristezas serán mis tristezas”.

Qué detallista la narración, y dice incluso “Serían las cuatro de la tarde”. Juan describe todo perfectamente. Pero a mí me impresionan, querido amigo, estos verbos tan profundos: *fuleron*, *vieron* dónde vivía, *se quedaron* y *compartieron* con Él la vida y *permanecieron* con Él. Cuando se está con Jesús, uno tiene necesidad de comunicarlo y de decirlo, y esto les pasó a estos dos discípulos: Andrés, que era hermano de Simón Pedro, encuentra a su hermano y le dice: “¡Simón, he encontrado al Mesías!”. ¿Y qué hace? Lo lleva a Jesús. ¡Qué interrogante tan grande, Jesús! Todas las personas que a mí me rozan, ¿las llevo a Él? ¿Les digo “He encontrado a Jesús”, “He encontrado al Mesías”, y las llevo a ti? Es un evangelio que me cuestiona mucho al empezar todo el año litúrgico. Pobre Andrés, que era un pescador normal, a orillas del lago de Genesaret. Allí estaría... ¡Cómo le miraría Jesús! ¡Cómo todo! ¡Qué alegría le daría de ver a este israelita y de ver a este hombre que le lleva, le lleva a Él a las personas que va encontrando!

Y luego, el encuentro de Jesús con Simón: “Tú eres Simón”. “Le miró fijamente”. Hoy, querido amigo, no podemos dejar este encuentro sin dejarnos mirar por el Señor... Hemos aprendido tanto en él: Juan, no le importa, él no es el Maestro. Desaparecer. No brillar. Estos dos discípulos, que con timidez se acercan a Jesús, pero que Él les dice: “¿Qué buscáis?... Venid y lo veréis”. Y luego el encuentro con Pedro, con Simón: “Tú te llamarás Cefas”. Le cambia el nombre, le cambia la vida... ¡El encuentro con Jesús cambia todo! Simón ha hallado al Mesías, Andrés ha hallado al Mesías y se lo presenta a su hermano. Jesús penetra la mirada de estos dos hombres... No podemos continuar, querido amigo, quedémonos en esta escena, en esta narración tan preciosa, miremos a uno, miremos a otro, fijémonos en Jesús, quedémonos ahí y cuestionémonos: ¿Oigo los mensajes que se me dan? ¿Oigo a Jesús en mi interior? ¿Busco? ¿Me pongo en camino? ¿Busco? ¿Voy? ¿Voy a Jesús? ¿Cuál es mi vida? ¿Le encuentro? ¿Y qué hago en el encuentro? ¿Le sigo? ¿Cómo le sigo? ¿Y permanezco con Él? ¿Cómo permanezco con Él?

“¿Qué buscáis?... Venid y lo veréis... Y permanecieron con Él”. Estas tres preguntas nos vamos a hacer: ¿Qué busco? Oigo “Ven y lo verás”. ¿Permanezco con el Señor? ¿Le sigo? Bien, terminamos este encuentro diciendo “Señor, aquí estoy”, con el salmo 39 tan bello y tan profundo: “Aquí estoy Señor, toma mi vida para hacer tu voluntad. Tú no quieres nada de mí, sólo quieres que esté dispuesta para seguirte. Pues aquí estoy. Que yo no sea como... que oiga las llamadas y no, y no actúe. Que la experiencia contigo, Jesús, me obligue a no callarme, a compartirlo con los demás, a encontrarte, a transmitir con entusiasmo tu figura y tu mensaje y a compartir con otros la necesidad tuya”.

Hoy le pedimos al Señor ilusión y pasión por nuestro Jesús, por nuestra fe, por nuestro amor y como un retintín, como una música de fondo repetitiva y cansada oigo: “¿Qué buscas?”. Amigo mío, ¿qué buscas? Y cuando ya no sepa ni dónde, ni cómo, ni a

dónde ir, “ven y lo verás”. Le pedimos ayuda a la Virgen, que sea Ella nuestra guía de camino, y que Ella nos dé esa ilusión de vivir a su Hijo, de comunicarlo, de mirarle, de dejarnos mirar por Él y de decir a los demás: “He hallado al Señor. He encontrado al Mesías”. Y te lo cuento, y te lo digo. Ven conmigo y juntos nos iremos a estar y permanecer con el Señor. “¿Qué buscáis? Venid y lo veréis”.

Francisca Sierra Gómez